

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Dios quiere vivir en medio de nosotros –
Serie Biblia compacta - Éx. 28 – 29
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Dios quiere vivir en medio de nosotros –
Serie Biblia compacta - Éx. 28 – 29
(14 días)**

Día 1

Éx. 28:1.2; 1.Cr. 23:13

En los capítulos anteriores nos hemos ocupado del proyecto de construcción del tabernáculo y de su mobiliario. Quizás a usted le llamó la atención que hasta aquí no se habló de la fuente de bronce y del altar de incienso. De esto leemos recién en Éx. 30:1-10.17-21. Antes de ese texto se nos habla de las ordenanzas de Dios respecto a la vestimenta de los sacerdotes. Aunque todo el pueblo de Israel fue elegido y escogido por Dios como pueblo sacerdotal (Éx. 19:6), Él quería que hubiera una tribu de sacerdotes, que lo representara.

Los sacerdotes no eran elegidos por el pueblo, sino llamados por Dios: un ejemplo son Aarón y sus cuatro hijos. A este Dios le daba la máxima autoridad espiritual y toda la responsabilidad. De esto da testimonio su eminente vestimenta de ministerio, comparándola con la de los sacerdotes comunes (Éx. 28:40). Aarón llevaba vestimenta santa, que fueran “para honra y hermosura”. La vestimenta *en sí* no era santa. Sino que ella debía reflejar simbólicamente la gloria y hermosura de Dios. Solamente así serviría la vestimenta de Aarón “para la honra y hermosura”.

Si se veía al sumo sacerdote en su servicio, se podía observar el mensaje de Dios en su vestimenta, se debía meditar acerca de Dios, de Su santidad y gracia, acerca de Su misericordia y admirar Su perdón. Aquí notamos que el interior, mejor dicho la relación personal e íntima con el Señor, y lo exterior, quiere decir una vida santa, deben concordar. De esta manera la fe del corazón crecerá y se reflejará en la vida práctica, y la gente alrededor reconocerá la bondad de Dios.

Cualquiera que sea la posición en que nosotros vivamos, lo importante es que el interior haga una unidad con las manifestaciones exteriores, para que toda la persona honre a su Creador y Redentor. Quizás hoy haga falta alguna corrección en nuestras vidas. (Lea Mt. 6:1-5; 23:23-28.) “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1.P. 5:5b).

“La amable humildad es un poder enorme, el mayor de todos, y no hay ningún otro que sea semejante a él” (F. M. Dostoievski).

Día 2

Éx. 28:3.4; Sal. 100:2; Ro. 12:6-8

La vestimenta sacerdotal de Aarón era una muy especial (hay dibujos en internet). Es “vestimenta sagrada”, pues correspondía al ministerio espiritual del sumo sacerdote. Solamente Aarón la podía llevar. Y entonces “hombres sabios de corazón” tomaban las medidas, cocían y bordaban.

Según el razonamiento hebreo el corazón es entre otros, el lugar de la comprensión y de las capacidades. Pero se menciona específicamente que Dios ha dotado a los artistas con el “espíritu de sabiduría” y los ha capacitado para este servicio. Cada don o capacidad es un regalo de Dios. Esto vale también para nosotros: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1.P. 4:10.11).

La vestimenta ministerial de Aarón y la de sus hijos debe ser preparada, para que ellos sirvan a Dios como sacerdotes (v.3b.4b). Ellos deben ser ejemplo, para que todo el pueblo pueda ser “sacerdotes de Yahveh”, como “siervos de nuestro Dios” (Is. 61:6): “En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia” (Is. 61:10; comp. Sal. 132:9.16; Ap. 19:7.8).

¿Cómo se muestra esa “vestimenta” en nuestra vida práctica? ¿Qué debemos “despojar” de nosotros y qué “ponernos”? ¿Por qué no hace falta sentirnos desesperados, cuando muchas veces fracasamos? (Lea Ef. 4:20-32; 1:18-20; 3:20-21.)

Día 3

Éx. 28:4-14

La creatividad y sabiduría de los artistas son un regalo de Dios. Sabio es aquel que confía en Dios y actúa según Su voluntad. “Si alguien conoce el corazón de Dios y Su sabiduría y misericordia, entonces es un servicio bendito, ser ocupado por Él” (H. Thielicke).

Dios determinó los materiales, las telas y sus colores de la vestimenta ministerial del sumo sacerdote. Ella concuerda con los colores del velo interior y de la puerta de la entrada. (Comp. Éx. 26:31.) Aquí representa la apariencia exterior del sumo sacerdote la belleza de Dios y Su voluntad de salvación. Observemos ahora las distintas piezas de la vestimenta del sumo sacerdote:

1. El Efod. Está hecho de obra primorosa, tejido de hilos de diferentes colores además también con hilos de oro. Esto nos señala la gloria de Dios. A este lugar, donde Dios vive en luz inaccesible, Jesús, el singular y inocente sumo sacerdote, nos dio acceso, nos abrió el camino a la eternidad. Cuando Él vivió y actuó en esta tierra, pasó un “mar” de dolores y penas, tentaciones, rechazos, odio y desilusiones. Por eso ningún otro nos podrá entender mejor que Jesús, nuestro sumo sacerdote que está en el cielo. (Lea He. 4:14-16.)

2. Las dos hombreras con las dos piedras. Sobre cada hombro debe ubicarse una piedra de ónice, en las cuales están grabadas los nombres de los hijos de Israel, seis de cada lado. La igualdad de las dos piedras hace ver la igualdad de valor de cada hijo de Israel. Cada uno está mencionado con su nombre y *todos juntos* conforman el amado pueblo de Yahveh, que Él lleva sobre Sus hombros. “Y hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo; yo hice, yo llevaré, yo soportaré y guardaré” (Is. 46:4; comp. Dt. 1:31; 32:11.12; Éx. 19:4).

Día 4

Éx.28:8.15-30

El **cinto** no es una vestimenta aparte, sino que está unido con el efod sujetándolo en la cintura, pues probablemente está abierto de los costados. **3. El pectoral del juicio.** La forma es un cuadrado y está hecha de manera doble, como una bolsa. El pectoral también es de obra primorosa, parecida a la obra del efod, de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido. En la parte de afuera hay cuatro hileras de doce piedras preciosas montadas en engastes de oro. En cada piedra está grabado un nombre de las doce tribus de Israel. Como en las hombreras hay dos piedras iguales que el sumo sacerdote lleva sobre sí, aquí en el pectoral se encuentran doce piedras distintas.

Nuestro sumo sacerdote Jesús nos ve en común como su iglesia, que Él mismo lleva y sostiene. Pero también ve a cada uno individualmente y en particular, al cual ama y lo guía. Nosotros somos maravillosamente diferentes, y como tales Él nos lleva en Su corazón. De la abundancia de Su amor podemos tomar, para que aprendamos a valorarnos mutuamente, y ser honestos en nuestros encuentros y ayudarnos, los unos a los otros (He. 12:12-16; Gá. 6:1).

Dentro del pectoral se deben poner dos objetos llamados “Urim y Tumim”, que traducido quiere decir “Luces y perfecciones”. De las pocas citas en el Antiguo Testamento se entiende que los Urim y Tumim servían para tomar decisiones por problemas y para la contestación de preguntas importantes. De qué manera se echaba las suertes, no se nos aclara completamente. Pero se nos habla de que había solamente la respuesta en Sí o en No (por ejemplo Esd. 2:63).

Teniendo a nuestro sumo sacerdote Jesucristo, no necesitamos más un Urim y Tumim, ni tampoco otras pequeñas piedras o figuras, cadenitas o estampitas. Hay un solo “objeto” que sí necesitamos sin falta: La Biblia, la Palabra de Dios verdadera y confiable. Ella nos enseña de que manera podemos seguir a Jesús y como orar. También nos ayuda para aguantar y soportar y seguir adelante, cuando todo parece oscuro. (Comp. Is. 50:10; Sal. 119:105; 2.P. 1:19-21.)

Día 5

Éx. 28:31-38; 29:6; 39:30

4. El manto del efod tejido de una sola pieza, sin mangas. Esto nos señala la abertura para la cabeza en el medio, que debe tener un borde especialmente tejido alrededor, para que no se rompa. En sus orlas, o sea en el dobladillo de abajo están colocadas de manera intercambiada **granadas y campanillas**. Las granadas valen aquí como adorno artístico. Las campanillas simbolizan el golpecito a una puerta, antes de abrirla y entrar al lugar.

El sumo sacerdote no entra apurado por la puerta de entrada del atrio, pasando apresuradamente por el altar del holocausto y la fuente de agua, entrando por la puerta al santuario, ni pensar en el día de la expiación, pasando al lugar santísimo. Así ¡no! Él rinde la honra merecida a Yahveh, pues de otra manera debe morir. Es bueno que el sonido de las campanillas le recuerda en cada paso que su servicio es santo, porque lo realiza bajo la mirada de Dios.

5. La diadema santa de oro para la mitra. Lleva grabada el sello “**Santidad a Jehová**” en una lámina de oro fino. Este lema vale para todos los sacerdotes y todos los israelitas (Lv. 21:6; Dt. 14:2). No es una distinción, como por ejemplo cuando un atleta recibe una medalla de oro: Solo el más distinguido recibe este anhelado honor.

Con Dios las cosas son justo al revés: Él da ricos dones de Su gloria a su iglesia, que no merece nada (Sal. 65:4; lea 2.Co. 3:5; 1.P. 1:18.19; Ro. 5:5; 2.Ti. 1:7-9). Es una diferencia fundamental si tengo que esforzarme, trabajando y luchando para conseguir los valiosos regalos de Dios, o si puedo vivir con los dones regalados por Él, sin mis esfuerzos, y de esa manera poder ministrar a la gente con todo compromiso. Lo que Dios nos otorga exige de nosotros total fidelidad. (Comp. Jos. 14:8; Mt. 25:23; Ro. 12:4-8.) “Dios no espera de nosotros grandiosas obras heroicas. Él espera nuestra sincera fidelidad, nada más, pero tampoco nada menos” (T. Lieth).

Día 6

Éx. 28:36; Gn. 4:3-15

La diadema de oro del sumo sacerdote con el sello “Santidad a Jehová” nos puede transmitir aun otro mensaje: En *el comienzo del tiempo* mató el celoso Caín a su hermano Abel. Caín no entró en razón cuando Dios le habló y le advirtió, y mató a su hermano. Desde este momento era un hombre fugitivo, lleno de temor va de acá para allá, sin descanso, temiendo perder su vida.

Pero Dios en su gran bondad e incomprensible e insondable amor al pecador, hace *una señal en la frente de Caín*, para que nadie pueda matar al asesino (Gn. 4:15). No sabemos cuál era la señal. Pero, ¿acaso no podría ser la señal de la cruz? Pues Caín no es condenado a muerte, sino está bajo la gracia de Dios. “El pecado puede ser muy grande, pero nunca más grande que la gracia de Dios” (C. ten Boom). Esto nos lo consiguió Jesús, Él que en la cruz del Gólgota sufrió en nuestro lugar la sentencia de muerte, dándonos en Su gracia el perdón de nuestros pecados (comp. Ap. 1:5b.6; Ef. 1:7.8; Col 1:14).

Si nos acercamos al *final del tiempo* y hacemos una mirada a la gloria del nuevo cielo y de la nueva tierra, se nos dice: “Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y *su nombre estará en sus frentes*” (Ap. 22:3.4; 14:1).

¿Cuál nombre estará en la frente de los salvados? No se nos dice. Pero, ¿acaso no debería ser el nombre de *Jesús*? Esto sería la mayor felicidad, como cantamos en una canción de fe: Será “Jesús y solo Jesús la razón de mi gozo y adoración. Esto solo será la gloria, cuando yo veré, libre de penas, Su rostro” (H. v. Redern).

Día 7

Éx. 28: 39-43

Mientras las primeras cuatro piezas eran solamente para Aarón, el sumo sacerdote, él y cada uno de sus hijos recibieron las siguientes piezas de vestidura:

6. Túnica de lino, mitra o tiara de lino, cinto de obra de recamador y calzoncillos. La *túnica* tejida de lino fino cubre directamente la piel. La interpretación judía supone que la túnica cubre todo el cuerpo, llegando incluso hasta las muñecas y los tobillos. Aparte de la túnica los sacerdotes deben llevar los *calzoncillos* de lino para cubrir su desnudez (comp. Éx. 20:26).

La *mitra* (parecido a un turbante) del sumo sacerdote se diferencia a la *tiara* de los hijos de Aarón (en hebreo se utiliza dos palabras diferentes). El *cinto* de los sacerdotes es obra de arte, con los colores del santuario. Este señala la autoridad ministerial, además de simbolizar la dignidad y el poder en el servicio activo para Dios.

El profeta Jeremías, hijo del sacerdote Hilcías, tuvo una experiencia especial con un cinto. Él lo escribe en Jer. 13:1-11. Si Dios puso su amado pueblo como un cinto sobre sus lomos, no se puede hablar de una relación más estrecha, y la dignidad no puede expresarse de mayor forma. Pero su congregación no vive para la alabanza y honra de Dios. Ellos no quieren escuchar al Señor (comp. Jn. 21:18).

Del Mesías se dice respecto a Su futuro gobierno: “Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura” (Is. 11:5). Nos admiramos que el vidente Juan vislumbra al Hijo del Hombre en el cielo como uno que está ceñido de un cinto de oro: Ap. 1:13.

¿Y qué de nosotros? El apóstol Pedro nos aconseja: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1.P. 1:13). Lo que esto significa para nosotros y nuestra vida diaria podemos deducir leyendo: 1.P. 1:14-16 y Lc. 12:35-37.

Día 8

Éx. 29:1-6.8.9a; 28:1.41

La **investidura de los sacerdotes** se prepara juntando y disponiendo todos los materiales: los animales para el sacrificio sin defecto, pan sin levadura (mazzen) y aceite. Aparte está el mandato que los sacerdotes deben lavarse. Probablemente se refiere al lavamiento ritual de las manos y de los pies (Éx. 30:19).

Los preparativos ceremoniales son tan importantes porque se trata de encontrarse con el Dios santo. “¿Quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas ... Él recibirá bendición de Jehová y justicia del Dios de salvación” (Sal. 24:3b-5).

Aarón y los sacerdotes serán vestidos con la vestimenta descrita en el cap. 28 para poder servir en el santuario. El cinto señala al sumo sacerdote y a los demás sacerdotes como siervos del santuario de Yahveh. La interpretación de los rabinos aclara que la vestimenta ministerial se usa solamente durante el ministerio en el santuario, no en la vida diaria “normal”. Esa práctica diferencia lo santo de lo profano. Al mismo tiempo el santificado por Dios tiene la obligación de vivir como siervo también en lo cotidiano. Una separación entre culto a Dios y ejecutar el ministerio por un lado, y la vida diaria por el otro lado, no corresponde a la manera de pensar de las Escrituras.

Aquel que por su pertenencia a Dios viste como señal visible cada día una vestimenta específica, como por ejemplo aquellos que pertenecen a una orden religiosa, no es más piadoso o más santo. Finalmente la vestimenta* no es lo esencial, sino la manera de pensar de nuestro Señor Jesucristo. Ésta estima a la otra persona mayor que a sí mismo y sirve a los hombres como Cristo les ha servido. “La real diaconía es esta, aprender la gran ciencia del amor y aprobar el examen de humilde servicio” (F. v. Bodelschwingh).

Sea lo que fuere en que posición estemos: Nuestro servicio debe ser una alabanza a nuestro Señor Jesucristo. Reflexionemos y hablemos con el Señor acerca de lo que Pablo dice en Fil. 2:1-11.

*Vea el texto del primer día de este tema.

Día 9

Éx. 29:7-9; 30:30; 28:41; Sal. 133:2

En la ordenación del sumo sacerdote, Moisés debe tomar el aceite de la unción* y derramarlo sobre la cabeza de Aarón. También a los sacerdotes se debe ungir, pero con la diferencia que a ellos se pone algo del aceite sobre su frente, así dicen los intérpretes judíos. El ungimiento con el “aceite sagrado” significa compartir con la bendición de Yahveh. Esto invita a vivir comprometidamente para la alabanza de Dios y de servirle (comp. Lv. 10:3.7).

Más adelante también se ungirá a los reyes y a los profetas (por ejemplo 1.S. 16:13; 1.R. 19:16). Aquí se menciona especialmente que Dios da a sus escogidos el Espíritu Santo con este ungimiento. Los sacerdotes, reyes y profetas están bajo la guía del Espíritu de Dios.

Pero lo que se refiere a la redención de Israel y los demás pueblos, dependemos completamente de Jesucristo el único y singular sumo sacerdote, el rey justo y el profeta autorizado por Dios (He. 8:1ss; Zac. 9:9; Dt. 18:15.16). Sobre Él está “el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Is. 11:2; comp. Mt. 3:16.17).

Leamos Is. 61:1-3 y pensemos: a. ¿dónde y cómo se ha cumplido la profecía de Isaías en la vida de Jesús? b. ¿Cuándo, dónde y cómo he experimentado yo el obrar del Señor Jesucristo? Es aconsejable anotar estas experiencias. Entonces tendremos una “nota animadora”, que podemos leer en tiempos de aflicción y problemas, para conseguir nuevamente valentía a confiar aun en estas situaciones difíciles. (Comp. 1.Jn. 2:20.27.)

En el ungimiento de los sacerdotes se agrega además que las manos de Aarón y las de sus hijos serán llenadas (29:24). Traducido literalmente dice: “llenar la mano ahuecada”. El sacerdote no tiene nada propio para ofrecer. Sino él recibe de Dios lo que necesita para el servicio y es autorizado por Él.

*La receta para el aceite sagrado se encuentra en Éx. 30:23-25.

Día 10

Éx. 29:10-12

Para la ordenación de los sacerdotes es importante la **ofrenda por el pecado** (v.14) Este sacrificio es el primero de todos los demás y se realiza por cinco pasos: *a. La puesta de mano sobre el becerro.* Ambos, el sumo sacerdote y los sacerdotes deben actuar juntos. Ellos ponen sus manos sobre el becerro, con el reconocimiento: Cada uno en particular y nosotros como comunidad somos pecadores y estamos bajo la sentencia de muerte por parte de Dios. “La muerte del animal toma el lugar de la persona que merece la muerte, pues Dios no quiere la muerte del hombre” (I. Willy-Plein).

Por eso nosotros necesitamos un sustituto que muere ‘nuestra muerte’. Sobre él podemos poner nuestra culpa, para que podamos estar reconciliados delante de Dios y así poder servirle. Aquí resplandece con toda claridad lo que *Jesús* ha hecho a favor nuestro: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2.Co. 5:21).

Queda determinado, que *solo Dios* es el dador del perdón. “Yahveh en el procedimiento del sacrificio no es el objeto que se reconcilia, sino el sujeto: Él es el que redime”, y nosotros somos los redimidos (Klaus Koch; comp. Ef. 2:8.9; Tit. 3:4.5a; 1.Jn. 2:2; 4:10).

b. El hecho de degollar al animal declara irrevocablemente el carácter definitivo de la muerte. Otro camino para la redención con Dios no hay.

c. La entrega de la sangre. Con el dedo se pone una pequeña parte de la sangre sobre los cuernos del altar del holocausto. Estos son la parte más alta del altar y señalan la singularidad de la reconciliación con Dios. La mayor parte de la sangre se echa al pie del altar del holocausto, para que desaparezca en la tierra. La muerte del animal, en lugar del hombre, está cumplida. “Al pecador se le otorga ahora el perdón. Pues el centro de su vida está expiado” (K. Koch).

Día 11

Éx. 29:13-18

d. El hecho de quemar partes específicas de la grosura. Estas valían en forma especial en aquel tiempo y por eso pertenecían a Dios (comp. Lv. 3:14-17).

e. El quemar las partes que no se necesitan fuera del santuario. Dios mismo determina cuales partes se deberán quemar fuera del campamento de Israel. Entre otras, la piel valiosa del animal, toda su carne y el contenido de su estómago e intestinos: “pues es ofrenda por el pecado”. Quizás de esto podemos concluir que el hombre natural con todas sus fuerzas y sus logros valiosos, igualmente con sus debilidades y toda la porquería de los pecados escondidos, está bajo la sentencia de muerte de Dios.

Para la ordenación de Aarón y de sus hijos para el sacerdocio también fue necesario **la ofrenda quemada** (carnero). Como con la ofrenda por el pecado el sacerdote pone la mano sobre la cabeza del animal, con la diferencia específica, que tiene que ser quemada por completo. La ofrenda quemada es un sacrificio en totalidad.

El pecador está completamente bajo la sentencia de muerte de Dios, desde la cabeza hasta los pies, desde adentro hacia afuera. Él sabe: Yo necesito un sustituto que muere ‘mi muerte’, que me salva y me libra de la condenación. Muchos siglos después Dios nos mandó a un sustituto singular: Él puso el poder destructivo del pecado sobre Jesús. ¡Qué salvación!

Como la sangre del holocausto se rociaba sobre el altar, así el inocente Mesías, el Hijo de Dios, ha “derramado” su alma a la muerte en la cruz (Is. 53:12). El apóstol escribe de Jesús: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2.Co. 5:21; sería mejor leer todo el párrafo desde el v.18 hasta el 21).

Lo singular y único de la ofrenda de la vida de Jesús, encontramos descrito en He. 9:26b-28.

“Su cruz cubre mi culpa, Su sangre me limpia y purifica. Mi voluntad pertenece a mi Dios; yo confío solo en Jesús” (D. Rappard).

Día 12

Éx. 29:19-22; Is. 50:5

El segundo carnero se sacrifica para la ordenación del sumo sacerdote y de los demás sacerdotes. La puesta de sus manos sobre la cabeza del animal del sacrificio muestra su disposición de identificarse totalmente con aquello que Dios quiere hacer. Aarón y sus hijos dependen como cualquier otro de la purificación del pecado. Ellos sabían: Yo necesito el perdón, y Dios me lo da. Y el Señor aun da algo más: La autoridad para el servicio.

La triple señal del lóbulo de la oreja, del pulgar y del dedo pulgar del pie con la sangre del sacrificio simboliza el oír, el actuar y el andar. Todas las tres señales están sobre el lado derecho del cuerpo. Este es el lado de la fuerza y de la actividad. “El amor tiene manos para ayudar, tiene pies para ir pronto a los pobres y necesitados. El amor tiene orejas para escuchar los pedidos y llamados de los afligidos. Pero sobre todo el amor tiene un corazón, que puede amar y bendecir” (A. v. Hippo)

La señal de la oreja hace recordar al esclavo, cuyo lóbulo de la oreja era horadado, cuando se decidió voluntariamente y por amor, quedarse para siempre en la casa de su señor (Éx. 21:5.6).

Para la autorización al servicio de Aarón y de sus hijos también pertenecía el rociar con sangre la vestimenta ministerial y con el aceite de la unción. La meta de este hecho es la santidad necesaria para el servicio. No se trata de una “pintura piadosa” sino de la cobertura del sacerdote – ministro con el manto del amor perdonador y regenerador del Dios santo. Este descansa sobre el sacrificio salvador del sustituto. De esta manera podemos cumplir el mandato de Dios: “¡Sed santos, porque yo soy santo!” (Lv. 11:44a; comp. Lc. 19:2; 20:26; 1.Co. 1:30; 1.P. 1:15.16).

Para nosotros vale corresponder en la vida diaria más y más a la presencia de Dios (comp. Ro. 6:19-23).

Día 13

Éx. 29:23-37

Resumimos las demás instrucciones para la ordenación al sacerdocio. En los *versículos 23-28* se dice varias veces: · En las diferentes acciones rituales todo debe hacerse *ante el Señor y para el Señor*. Los hechos están dirigidos por Él y hacia Él. Ellos deben ser “un olor grato a Yahveh”, para Su honra.

· También se debe pensar en Aarón y sus hijos. Ellos recibieron de los israelitas, específicamente de sus ofrendas de agradecimiento una parte determinada y siempre. Pero en realidad era una “donación para Yahveh”.

· Para nosotros hoy parecen extrañas las acciones de culto en el antiguo Israel; y sabemos que nuestro Señor Jesucristo ya ha cumplido toda la ley (Mt. 5:17). Pero una cosa tenemos en común con los israelitas de aquel tiempo: Lo importante es que celebremos nuestros cultos a Dios de tal manera que el Dios vivo y verdadero sea honrado. Esto comienza en el corazón: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23.24; comp. Ro. 13:8.10) ¿Aclaremos en nuestras iglesias las cuestiones y dificultades juntos y a la luz del amor del Señor? “Todas vuestras cosas sean hechas con amor” (1.Co. 16:14).

– Los *versículos 29-30* podrían señalar que el sumo sacerdote no puede llevar su vestimenta ministerial a su tumba; pues se la fue prestada. – En los *versículos 31-37* se amontonan conceptos como *expiación, purificación, expiar, sacrificio por el pecado, santificación, santificado, santo, muy santo*. La comida en comunión de los sacerdotes y su consagración u ordenación están bajo la santidad de Dios. Ellos están autorizados para una vida de servicio santo, según la inscripción en la diadema de oro de Aarón: “Santidad a Jehová”. El servicio a Dios es un servicio santo. (Comp. Ro. 12:1.)

Día 14

Éx. 29:38-46

Más adelante los sacerdotes debían presentar cada día dos holocaustos: uno a la mañana, el otro a la tarde o sea cuando se pone el sol. “El tiempo de la tarde consideraban el mejor tiempo para la oración. En el tiempo del Nuevo Testamento era la hora novena (15 horas)” (H. J. Fabry).

El mismo Señor Jesús tenía tiempos fijos para la oración. La última oración que Él oraba en la hora novena, era su grito en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Al mismo tiempo se entregaba completamente a Su Dios. Aquí comprendemos que aun el mayor y más tremendo ataque de Satanás no podía destruir la obra redentora del Señor. “Tiempos fijos para la oración son como bastiones. Son una muralla alta, que evita la entrada a poderes diabólicos a nuestra vida” (P. Hahne).

En el santuario Dios quiere tener un encuentro con nosotros. Allí quiere hablar con nosotros. En el santuario nos relacionamos con Su gloria, allí Él quiere compartir con nosotros Su manera de ser, allí nos santifica. Como en la situación del profeta Isaías, allí una y otra vez será necesario la confesión de pecados. Pues la santa cercanía de Dios nos lleva a un auto conocimiento más profundo (comp. Is. 6:1-7).

Aunque deberíamos quemarnos por Su santidad, Él nos ama y nos salva. En el santuario reconoceremos en mayor dimensión la grandiosa obra redentora de Dios, sacándonos de la esclavitud de Egipto. Nuestra vida no debe concentrarse ni en una religión multicultural, ni en el brillo de Egipto. *Yahveh* quiere vivir en medio de nosotros. El viviente y misericordioso Redentor quiere ser el centro permanente, en nuestra vida personal como en la de nuestras comunidades. Esto tiene vigencia hasta la eterna gloria: “Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Ap. 7:17; comp. Sal. 46:1-7).